

modo á la buena mujer con mi millón y la presidencia, que la vieja consiente en que vivamos en su casa; me ha pedido mi retrato y me ha enviado el suyo: si el Amor la viese, se caería de espaldas. Vete, Máximo; esta noche tengo que ejecutar á mi pobre hombre, y cree que lo siento de veras.

Dos días después, Carlos Eduardo encontró á Máximo en el umbral de la puerta del Jockey Club, y le dijo:

—Ya es asunto acabado.

Estas palabras, que encerraban todo un espantoso y horrible drama, hicieron sonreír al conde de Trailles.

—Vamos á oír las dolencias de Rochefide—dijo Máximo, —pues tú y Aurelia habéis coincidido en el final. Aurelia ha puesto á Arturo de patitas en la calle, y ahora hay que tenderle un lazo para que le dé trescientos mil francos á la señora del Ronceret y para que se reconcilie con su mujer; vamos á probarle que Beatriz es superior á Aurelia.

—Tenemos diez días por nuestros—dijo maliciosamente Carlos Eduardo,—lo cual no es mucho, pues ahora que conozco á la marquesa, el pobre hombre será bonitamente engañado.

—¿Cómo harás cuando estalle la bomba?

—Siempre se encuentra salida cuando hay tiempo para pensar las cosas; y yo, cuando me preparo, estoy soberbio.

Los dos jugadores entraron juntos en el salón y encontraron al marqués de Rochefide que había envejecido dos años, que no se había puesto el corsé y que no se había arreglado la barba.

—¿Qué hay, querido marqués?—le dijo Máximo.

—¡Ah! querido mío, ¡se acabó mi dicha!

Arturo habló durante diez minutos y Máximo le escuchó gravemente: el truhán pensaba en su matrimonio que debía celebrarse ocho días después.

—Arturo, ya te dije cuál era el único medio de conservar á Aurelia, y tú no quisiste emplearlo.

—¿Cuál?

—¡No te aconsejé que fueses á cenar á casa de Antonia?

—Es verdad; pero, ¡qué quieres! yo amo... y tú haces el amor por oficio.

—Escucha, Arturo; dale trescientos mil francos por su palacio, y yo te prometo buscarte cosa mejor que ella. Más tarde te hablaré de esa hermosa desconocida, pues veo que Ajuda quiere decirme algunas palabras.

Y Máximo dejó al inconsolable hombre para ir á ver al representante de una familia que necesitaba consuelo.

—Amigo mío—dijo Ajuda á Máximo,—la duquesa está desesperada porque Calixto preparó ayer secretamente sus maletas y sacó un pasaporte. Sabina quiere seguir á los fugitivos, sorprender á Beatriz y arañarla. Está embarazada y sus celos son poco tranquilizadores, pues ayer fué públicamente á comprar unas pistolas.

—Dile á la duquesa que la señora de Rochefide no partirá, y que dentro de quince días todo habrá acabado. Ahora, Ajuda, esa mano, y hazte cuenta que ni tú ni yo nos hemos dicho nunca nada ni sabido nada, ¡nosotros admiraremos únicamente los azares de la vida!

—La duquesa me ha hecho jurar, sobre el Evangelio y ante una cruz, que me callaría.

—¿Recibirás á mi mujer dentro de un mes?

—Con mucho gusto.

—Todo el mundo quedará contento. Únicamente que debes advertir á la duquesa una circunstancia que va á retardar seis semanas su viaje á Italia y que afecta al señor de Guenic. Más tarde sabrás en qué consiste.

—¿Qué es ello?—dijo Ajuda mirando á Palferina.

—La palabra de Sócrates antes de partir: *Debemos un gallo á Esculapio*; pero su cuñado de usted sabrá quedar en paz dando únicamente la cresta—respondió Palferina sin pestañear.

Durante diez días, Calixto sintió una cólera tanto más invencible, cuanto que era promovida por una pasión verdadera. Beatriz sentía aquel amor tan brutal, pero tan fielmente descrito á la duquesa por Máximo de Trailles. Es fácil que no exista ser bien organizado que no haya sentido esta pasión por lo menos una vez en su vida. La marquesa se sentía dominada por una fuerza superior, por un joven al que sus más grandes esfuerzos de mujer arrancaban al menos una sonrisa de elogio. Beatriz sufría la opresión de un tirano que no se separaba nunca de ella sin dejarla llorando, herida, ofendida y creyéndola culpable. Carlos Eduardo desempeñaba con la marquesa de Rochefide la misma comedia que ella desempeñaba desde hacía seis meses con Calixto. La señora de Rochefide, desde la humillación pública recibida en los Italianos, no había salido de hacer esta proposición al señor de Guenic:

—Usted prefirió el mundo y su mujer á mí, y, por lo tanto, no me ama. Si quiere usted probarme lo contrario, sacrifique usted por mí su mujer y el mundo. Abandone usted á Sabina y vayamos á vivir á Suiza, á Italia ó á Alemania.

Apoyándose en este ultimátum, Beatriz había establecido ese bloqueo que las mujeres denuncian con falsas miradas, con gestos desdeñosos y con su actitud de plaza fuerte, y se creía libre de Calixto imaginándose que éste no se atrevería nunca á romper con los Grandlieu. Abandonar á Sabina, á la que la señorita de Touches había legado su fortuna, ¿no equivalía á entregarse á la miseria? Pero Calixto, que se había vuelto loco de desesperación, había sacado secretamente un pasaporte y había escrito á su madre rogándole que le enviase una suma considerable. Mientras llegaban estos fondos, el joven vigilaba á Beatriz, dominado por todo el furor de unos celos bretones. Por fin, nueve días después de la fatal noticia que Palferina había dado á Máximo, el barón, á quien su madre había enviado treinta mil francos, corrió á casa de Beatriz con intención de forzar el bloqueo, de echar de allí á Palferina y de escapar de París con su ídolo. Este hecho constituyó para la marquesa una de esas alternativas terribles en que las mujeres que conservan algún respeto á sí mismas se hunden para siempre en las profundidades del vicio, si bien pudiendo salir de él para volver al camino de la virtud. Hasta entonces, la señora de Rochefide se consideraba como mujer virtuosa cuyo corazón sólo había sentido dos pasiones; pero al adorar á Carlos Eduardo y dejarse amar de Calixto, iba á perder su propia estimación, pues donde empieza la mentira, comienza la infamia. Beatriz había dado derechos á Calixto, y ningún poder humano podía impedir que el bretón se arrojase á sus pies y los regase con las lágrimas de un arrepentimiento absoluto. Muchas gentes se asombran de la insensibilidad glacial bajo la cual extinguen las mujeres sus pasiones; pero si ellas no borrasen de ese modo el pasado, la vida carecería de dignidad para ellas y no podrían resistir á la fatal intimidad una vez sometidas á ella. En la situación completamente nueva en que se encontraba, Beatriz se hubiese salvado si Palferina hubiese llegado en aquel momento; pero la inteligencia de su anciano criado Antonio la perdió.

Al oír que un coche se detenía á la puerta, la señora de Rochefide dijo á Calixto:

—Ahí viene gente.

Y corrió á fin de prevenir un escándalo.

Antonio, como hombre prudente, dijo á Carlos Eduardo, que se esperaba ya la respuesta:

—La señora marquesa ha salido.

Cuando Beatriz supo por su anciano criado la visita del conde y la respuesta que le había dado, le dijo:

—Ha hecho usted bien.

Y volvió á su salón diciéndose:

—Me haré monja.

Calixto, que se había permitido abrir la ventana, vió á su rival, y al presentarse de nuevo Beatriz, le preguntó:

—¿Quién ha venido?

—No lo sé; Antonio está aún abajo.

—Era el conde de la Palferina.

—Pudiera ser.

—Sí, tú le amas, y por eso buscas cuestiones... Yo lo he visto.

—¿Lo has visto?

—Sí, he abierto la ventana.

Beatriz cayó como muerta sobre un diván. Entonces aplazó la marcha ocho días, bajo pretexto de que tenía que hacer, y se propuso prohibir la entrada en su casa á Calixto si lograba apaciguar á Palferina; tales son los espantosos cálculos y las ardientes angustias que ocultan estas existencias.

Cuando Beatriz estuvo sola, se consideró tan desgraciada y tan profundamente humillada, que se metió en la cama: estaba enferma. El combate violento que le desgarraba el corazón le pareció tener una horrible reacción, y envió á buscar al médico; pero, al mismo tiempo, mandó entregar en casa de Palferina la siguiente carta, con la que se vengaba de Calixto con una especie de rabia:

«Amigo mío: Venga usted á verme; estoy desesperada. Antonio le ha despedido á usted cuando su llegada hubiese puesto fin á una de las pesadillas más horribles de mi vida, librándome de un hombre á quien odio y á quien espero no volver á ver más en mi vida. Sólo á usted amo en el mundo, y sólo á usted amaré, aunque tenga la desgracia de no gustarle tanto como yo desearía...»

Beatriz escribió cuatro páginas que, empezando de este

modo, acababan con una exaltación demasiado poética para ser tipografiada. La marquesa se comprometía tanto, que terminó diciendo: «¿No estoy aún bastante á merced tuya? ¡Ah! ¡nada me costará probarte cuánto te amo!» Y firmó, cosa que no había hecho nunca por Calixto ni por Conti.

Al día siguiente, cuando el joven conde fué á casa de la marquesa, ésta estaba en el baño, y Antonio le rogó que se esperase. A su vez, el criado despidió á Calixto, el cual, ebrio de amor, se presentó muy temprano en casa de Beatriz y miró á la ventana en el momento en que subía al coche desesperado.

—¡Ah! Carlos—dijo la marquesa entrando en el salón,— ¡me ha perdido usted!

—Ya lo sé, señora—respondió tranquilamente Palferina.—Usted me ha jurado que no amaba á nadie más que á mí, y me ofrece darme una carta en la que declarará usted los motivos que tiene para matarse, á fin de que en caso de infidelidad, pudiese yo envenenarla sin tener que temer á la justicia humana, como si las gentes superiores tuviesen necesidad de recurrir al veneno para vengarse. Usted me ha escrito: *¡Nada me costará probarte cuánto te amo!* y encuentro una contradicción palpable entre este final de la carta y la frase de usted: *¡Me ha perdido!* Ahora sabré si ha tenido usted el valor de romper con Guenic.

—Vaya, veo que te has anticipado á vengarte—dijo Beatriz soltándole el cuello para abrazarle.—De este asunto resulta que tú y yo estamos unidos para siempre.

—Señora—respondió fríamente el príncipe de la bohemia,—si es mi amistad lo que usted quiere, consiento en ello, pero con condiciones.

—¿Condiciones?

—Sí, las siguientes: Se reconciliará usted con el señor de Rochefide, recobrará usted los honores de su posición, volverá usted á ocupar su hermoso palacio de la calle de Anjou, y será allí una de las reinas de París, lo cual le será á usted muy fácil, haciendo que Rochefide figure en política y desplegando con su conducta la habilidad y la persistencia que desplegó la señora de Espard. He aquí la situación en que debe estar una mujer para que yo le haga el honor de entregarme á ella.

—Pero usted olvida que es necesario el consentimiento del señor de Rochefide.

—¡Ah! querida mía—respondió el conde,—lo tengo preparado todo y he dado á su marido mi palabra de caballero de que valía usted más que todas las Schontz del barrio de San Jorge, y, por lo tanto, me debe usted cuenta de mi honor...

Durante ocho días consecutivos, Calixto fué á casa de Beatriz, donde le fué negada la entrada por Antonio, el cual se apresuraba á decirle:

—La señora está peligrosamente enferma.

De allí, Calixto corría á casa de Palferina, cuyo ayuda de cámara le respondía:

—El señor conde está de caza.

Cada vez que el bretón iba á casa del conde, le dejaba una carta.

Al noveno día, Calixto recibió una carta de Palferina en la que éste le citaba, para tener una explicación, y, al asistir á la cita, el bretón encontró al conde en compañía de Máximo de Trailles á quien el joven truhán quería sin duda dar una prueba de su habilidad haciéndole testigo de aquella escena.

—Señor barón—le dijo tranquilamente Carlos Eduardo,—aquí tiene usted las seis cartas que me hizo usted el honor de escribirme: están intactas y no las he abierto porque ya supuse lo que pueden decir cuando supe que me buscaba usted por todas partes desde el día en que le miré por la ventana cuando estaba usted á la puerta de una casa en que la víspera estaba yo á la puerta cuando usted estaba á la ventana. Creí que debía ignorar provocaciones malsanas. Le creo á usted demasiado bien educado para suponer que pueda usted guardar rencor á una mujer porque no le ame ya, y creo que es un mal medio de reconquistarla el buscar pendencia al preferido. Pero, en la circunstancia actual, las cartas de usted encerraban un vicio radical, una *nullidad*, como dicen los procuradores. Usted tiene demasiado buen sentido, para oponerse á que un marido recobre á su mujer. El señor de Rochefide ha comprendido que la situación de la marquesa era indigna, y ya no encontrará más usted á Beatriz en la calle de Courcelles, sino en el palacio de Rochefide, dentro de tres meses, el invierno próximo. Usted mismo ha sido la causa de la reconciliación de estos dos esposos, reconciliación que provocó usted no salvando á la señora de Rochefide de la humillación que sufrió en los Ita-

lianos. Al salir de allí, Beatriz, á quien yo ya había hecho varias veces proposiciones amistosas de parte de su marido, me tomó en su coche y sus primeras palabras fueron: «Vaya usted á buscar á Arturo».

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó Calixto—¡tenía ella razón! ¡Yo no debí consentir nunca su vergüenza!

—Caballero, desgraciadamente, ese pobre Arturo vivía con una de esas mujeres atroces, con la Schontz, la cual se veía á punto de ser abandonada. La señora Schontz, que abrigaba el deseo de llegar á ser algún día marquesa de Rochefide, se ha puesto rabiosa al ver derrumbados los castillos que se había formado, y se ha vengado á la vez de la mujer y del marido. Señor mío, esas mujeres se sacan un ojo por dejar ciego á su enemigo, y la Schontz, que acaba de dejar París, ha cegado á seis. Y si yo hubiese tenido la imprudencia de amar á Beatriz, hubiese cegado á ocho. Con que ya ve usted, señor barón, que usted necesita un oculista.

Máximo no pudo menos de sonreír al ver el cambio que sufría el rostro de Calixto, el cual se puso lívido al darse cuenta de su triste situación.

—Señor de Guenic, ¿creerá usted que esa innoble mujer dió su mano al hombre que le deparó los medios de vengarse? ¡Oh! ¡las mujeres!... Ahora comprenderá usted el porqué Beatriz ha ido á encerrarse con Arturo por algunos meses en Nogent-sur-Marne, donde poseen una deliciosa casita. Durante su permanencia, restaurarán su palacio, donde la marquesa piensa desplegar un esplendor regio. Cuando se ama sinceramente á una mujer tan noble, tan grande, tan graciosa y que es víctima del amor conyugal, en el momento en que tiene el valor de volver á la senda del deber, la obligación de los que la adoran como usted la adora y de los que la admiran como yo la admiro, es seguir siendo amigos suyos, ya que no puede uno ser otra cosa. Espero que me dispensará usted que me haya creído obligado á tomar al señor conde de Trailles por testigo de esta explicación; pero tenía gran interés en salir limpio de esta intriga. Respecto á mí, debo decirle que si admiro á la señora de Rochefide como inteligente, en cambio como mujer me desagrada soberanamente.

—¡He aquí cómo acaban nuestros sueños más hermosos y nuestros amores celestiales!—dijo Calixto estupefacto ante tantas revelaciones y desencantos.

—Sí, acaban en cola de pescado—exclamó Máximo,—ó, lo que es peor aún, en frasco de boticario. No he conocido primer amor que no haya acabado estúpidamente. ¡Ah! señor barón, ¡lo que el hombre tiene de celestial no encuentra alimento más que en el cielo! Yo he estudiado mucho esa cuestión, y ya lo ve usted; estoy casado desde ayer y seré fiel á mi mujer, y le aconsejo que vuelva usted á la señora de Guenic... pero dentro de tres meses. No sienta usted á Beatriz, que es el modelo de esas naturalezas venenosas, sin energía, y coquetas por vanagloria. Esa mujer es una señora de Espard sin su profunda política, la mujer sin corazón y sin cabeza. La señora de Rochefide no se ama más que á sí misma, y le hubiera á usted enemistado con la señora de Guenic, dejándole después plantado sin sentir por ello remordimientos. En una palabra, es tan incompleta para el vicio, como para la virtud.

—No opino como tú, Máximo—dijo el conde de la Palferrina;—creo que será la mujer de casa más deliciosa de París.

Calixto no salió sin haber cambiado un apretón de manos con Carlos Eduardo y Máximo de Trailles, al mismo tiempo que les daba las gracias por el cambio que habían operado en sus ilusiones.

Tres días después, la duquesa de Grandlieu, que no había visto á su hija Sabina desde la mañana en que había tenido lugar esta conferencia, se presentó una mañana en su casa y encontró á Calixto en el baño y á Sabina á su lado, haciendo nuevos adornos para la nueva canastilla.

—Y bien, ¿qué os pasa, hijos míos?—preguntó la buena duquesa.

—Nada malo, mamá querida—respondió Sabina fijando en su madre dos ojos radiantes de dicha;—que hemos representado la fábula de los *Dos pichones*, y nada más.

Calixto tendió la mano á su mujer y se la estrechó tiernamente.